

La Ilustración Católica

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.
Tres meses... 16 rs.
Un año... 60 »

Cuba y Puerto-Rico.
Seis meses... 2 1/2 ps.
Un año... 4 »

SUMARIO.

TEXTO.—Revista, por D. V. P. Nulema.—*Recuerdos de un viaje*, IX, por D. Fidel Fita, S. J.—*El santuario de Antipolo*, por F. R. Martínez Vigil (de la orden de Predicadores).—*Poesías de D. Casimiro del Collado*, por D. M. Menéndez Pelayo.—*La cadena que te di* (de Lord Byron), por D. F. M. Melgar.—*La Maldecida* (leyenda americana), por C. E. Estruch.—*Los grabados.*—*El hijo de la lavandera*, por Fr. Conrado Muñoz y Saenz (religioso Agustino filipino).—*Jeroglífico.*

GRABADOS.—*Acrópolis de Santiago con las torres de la Catedral.*—*El Santuario de Antipolo* (Filipinas).—*Vinetas tomadas del Códice de Calixto II* (siglo XII).—*Salida de Carlo-Magno para Galicia.*—*Santiago bendice á Carlo-Magno.*

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.
Seis meses... 11 fr.
Un año... 21 »

Filipinas y Méjico.
Seis meses... 3 1/2 ps.
Un año... 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Madrid 28 de Marzo de 1880.

ADMINISTRACION: JESUS DEL VALLE, 23 Y 25, PRINCIPAL.

Epoca 2.ª—Año IV.—Tomo III.

NÚMERO 36.

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

Aunque este número sale en Pascua Florida, se ha compuesto en Semana Santa, y nuestros lectores no deben extrañar, que volviendo los ojos á lo pasado, hablemos de las severas y melancólicas ceremonias de la Pasión, cuando ya Jesucristo ha resucitado.

La Semana Santa en Madrid carece de la majestad imponente y de los sublimes atractivos que tiene en las poblaciones donde existe iglesia Catedral, por pequeñas que sean. La capital de la monarquía es la última ciudad de España en templos, ora se considere el número relativamente á la población, ora la magnitud de estos templos atendido su escaso número.

Nunca tuvo Madrid grandes iglesias, ni en los mejores días de la monarquía cristiana; pero había en cambio muchas, que compensaban sus cortas dimensiones, dando cabida al concurso de fieles, que

era entonces más considerable que ahora. La revolución acabó de un golpe con los conventos, quitando de este modo á Madrid casi la mitad de sus iglesias, y poco á poco, y á veces de una arremetida, fué echando abajo las mayores, hasta dejar que fuese el mayor número de las existentes capillas y oratorios.

En pocos años hemos visto desaparecer la Almudena, San Millán, Santa Cruz, Santo Tomás, Santo Domingo, Santa Teresa, todos templos de los mayores, dejando algunos distritos sin más iglesia que un oratorio, respetado por pequeño.

Sabido es el plan de reformas ideado por el señor Fernandez de los Rios en un libro que se publicó hace ocho años. Este hijo de Madrid cogió un día el plano de la capital; anotó en él con tinta roja el lugar de todos los templos, y en seguida, tomando un compás y una regla, comenzó á trazar nuevas calles, á ensanchar las existentes, y á formar hermosas plazuelas. ¡Qué casualidad! el trazado siempre daba con alguna iglesia, y una tras otra fueron casi todas des-

apareciendo bajo la pluma del proyectista mejorador de la corte.

Al concluir su trabajo se encontró, como era natural, con muchas campanas de sobra; y el hombre hubo de pasar mal rato abrumado con el peso de tanto bronce bendito. ¿Qué hacer de las campanas? Su primera idea debió ser convertirlas en cañones; pero luego reflexionó que el metal era de ley sospechosa y podía muy bien suceder que aquellos cañones los cargase el diablo. De pronto le asalta una idea felicísima, se da una palmada en la frente y dice: «Este bronce debe destinarse á levantar un monumento en la mejor plaza que acabo de proyectar, que conmemore la extinción del tribunal del Santo Oficio.»

¡Qué descansado debió quedarse el autor después de parto tan laborioso!

Ahora bien, esto que parece broma bajo la pluma del Sr. Fernandez de los Rios, es una triste realidad, y hace años que se viene ejecutando con plan fijo y determinado, como si el autor de «El Futuro Madrid» fuese el arquitecto.

RECUERDOS DE UN VIAJE.



ACRÓPOLIS DE SANTIAGO CON LAS TORRES DE LA CATEDRAL.

Madrid está ya escasísimo de templos, y por eso las funciones de Semana Santa tienen aquí menos solemnidad que en una aldea de veinte vecinos, y dan lugar á escenas irreverentes, por la mayor concurrencia de fieles que en estos días acuden á los Divinos Oficios.

Es imposible estar con devoción cuando uno se siente empujado hacia adelante y hacia atrás, pisado y magullado, y lo que no es difícil, robado por algún ratero que aprovecha las apreturas para aflojarle á uno los bolsillos, convirtiendo los suyos en cepillo de ánimas.

¡Qué diferencia con aquella majestad augusta, aquel silencio imponente, aquel conjunto admirable de las catedrales antiguas en días de Semana Santa! La fé de nuestros padres produjo esas maravillas del culto católico, y las generaciones modernas van desechándolas de estas grandes ciudades, para encenagarse en los espectáculos del sensualismo que las devora.

En estos últimos tiempos se ha introducido la moda de ir á pasar al campo la Semana Santa, y de consagrar á la caza los días más solemnes y augustos del año.

En el actual, como en los anteriores, han dado este ejemplo poco edificante muchos hombres públicos, para los cuales la Semana Santa no significa más que unos días de esparcimiento y de holganza. Y como la mala prensa se complace en todo género de escándalos, después de anunciar la salida nos refiere ahora las peripecias de esas giras campesinas, para incitar al público á practicar las virtudes de la civilización moderna y del nuevo evangelio. En el antiguo, que es el nuestro, se leen estas palabras: «¡Ay de aquel por quien viene el escándalo!»

La parte sana de la población de Madrid ha dado en los últimos días pruebas inequívocas de profunda piedad y de respeto á las tradiciones de la Iglesia.

El Jueves y Viernes Santo se deja conocer muy á las claras la solemnidad que en tales días conmemora la piedad cristiana. Son los dos únicos días del año en que Madrid ofrece aspecto noble, religioso y edificante. Silenciosas las calles, concurridísimos los templos, cerrados los teatros, todo inspira recogimiento y devoción, y así se observa que por no pasar por judíos se disfrazan de cristianos hasta los periódicos que dedican el resto del año á crucificar á Jesucristo.

Castelar os hará oír los truenos del Calvario; Echegaray lamentará con Jeremías la desolación de la ciudad deicida; Montero Ríos os explicará el proceso jurídico contra el Redentor, y no faltarán Pilatos, que movidos por los ruegos de sus esposas, se lavarán las manos después de haber firmado la sentencia de muerte contra el Justo.

Al presenciar este espectáculo, al ver disfrazarse de devotos cristianos á tantos judíos relapsos y recalcitrantes, no podemos menos de recordar una frase profunda grabada en el libro de nuestra memoria: «Para el hombre de bien que juzga de las cosas por su conciencia honrada, la vida es un epigrama, cuyo chiste está en la muerte.»

La tarde del Jueves Santo eran las calles de Madrid poco menos que canales de Venecia. ¡Qué modo de llover! Como es consiguiente, el pavimento de las iglesias estaba como el de la calle, y las esteras crugían bajo los pies como una esponja apretada con la mano.

A pesar de esto las iglesias estuvieron llenas de gente que continuamente se renovaba. Donde sospechamos que debió conocerse la inclemencia del tiempo, fué en las bandejas petitorias. La gente acaudalada, acostumbrada á andar en coche, se contentaría esa tarde con visitar á pié las iglesias más próximas, porque ciertamente no estaban las calles para hacer pinos, y hay aquí personas que tan dulce idea han formado de la religión, que creen y repiten que Dios no exige sacrificios.

No obstante la humedad del piso, como el cielo estaba muy claro, hubo grandísima concurrencia de gente en la Carrera de San Jerónimo, calle Mayor, Carretas y Puerta del Sol. La procesión de costumbre no salió; pero la multitud permaneció esperándola hasta la caída de la tarde.

En cuanto al famoso paseo que nos legaron los lechuginos y majas del siglo pasado, va decayendo

de año en año, pues carece ya de la elegancia femenil, pero devota, que tuvo en otro tiempo. Este año el paseo lo formaba el sexo feo, salvo algunas señoras que iban de paso.

Hé aquí una mudanza de que debemos felicitarlos los que amamos las costumbres antiguas; porque ni todo lo antiguo por ser antiguo es bueno, ni todo lo moderno por ser moderno es abominable.

Una reflexión sobre los Oficios de Viernes Santo.

Si un pagano dotado de algún entendimiento y de algún corazón, poseído de un espíritu recto y no dominado por odios de secta, entrase un Viernes Santo en una iglesia católica cuando se están celebrando estos sublimes misterios; si atraído por la majestad exterior de las ceremonias y por la belleza literaria de las oraciones y de los himnos que allí se cantan, se detuviese á reflexionar en todo lo que ve y escucha; si parase mientes en aquellas tiernísimas súplicas por la conversión de los herejes, de los pérfidos judíos y de los paganos; si oyese aquellas dulcísimas quejas del Salvador crucificado para con el pueblo deicida; si por último al pié de la cruz viese brotar las flores de redención que la Iglesia recoge y coloca en los altares para salud de los hombres, ¿no es verdad que esto sólo bastaría para arrancar de sus ojos la venda de sus errores, y hacerle exclamar como el Centurion: «Verdaderamente es la Iglesia maestra de la verdad y salvadora del mundo?»

Al escribir estas líneas, el alegre voltear de las campanas nos anuncia que Jesucristo ha resucitado.

La Pascua inaugura una nueva temporada de fiestas para la corte. Mañana se abre la Plaza de Toros y el nuevo circo de Mr. Parisch. Muchos teatros han renovado sus compañías, y el Ayuntamiento, á pesar de su déficit, se prepara también para la feria de Mayo.

Madrid es una pascua continua; la buena sociedad, que vive siempre alegre, os mostrará á cualquier hora lo que es una cara de Pascua; los hombres políticos que se consagran á las lides del Parlamento y de la prensa los vereis vestidos con ropa de Pascua, y la población entera, indiferente y frívola ante los sucesos que traen agitado al mundo, la vereis encogerse de hombros cuando oye relatar los cataclismos de la civilización moderna, y repetir como el personaje del cuento: ¡Santas Pascuas!

V. P. NULEMA.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

IX.

DOCUMENTOS COMPOSTELANOS.

Además del precioso códice titulado de Calixto II, venido de lejanas tierras y que merece artículo aparte, tres monumentos literarios de sumo valor histórico encerró durante el siglo XII el archivo de la Catedral de Santiago:

- 1) *La Historia Compostelana.*
- 2) *El Cronicon Iriense.*
- 3) *El Tumbo A.*

El códice primitivo de la Historia Compostelana no existe; desapareció hace largo tiempo. El más antiguo que conocemos, y que sirvió de original para el tomo XX de la *España Sagrada*, se guarda en la biblioteca del palacio real de Madrid (1). Escribióse en Compostela bajo los auspicios del arzobispo D. Bernardo II (1225-1237), con cuyo pontificado termina la serie de los sucesores de D. Diego Gelmírez, trazada allí por puño y letra del redactor del mismo códice. Los caracteres paleográficos que describió Florez (2), revelan aquella época al ojo de cualquier inteligente. Una nota al fin parece como que expresa que un siglo después pertenecía el códice al Cabildo catedral, puesto que su canónigo tesorero advierte con ella haber tomado por abogado de la Corporación al jurisconsulto Jacobo de Milan, señalándole el estipendio de 25 florines anuales.

(1) 2-D-2; VII, II, 2 núm. 2423. Antes llevó la signatura de Sala 2.ª, est. letra D, plúteo 10, núm. 596.

(2) *Noticia previa de la Historia Compostelana y sus Autores*, núm. 17; ap. *España Sagrada*, t. XX.

Hízose el contrato á 2 de Junio de 1347 (1). No mucho antes el códice había recibido el aditamento preliminar de las actas, ó hechos del arzobispo Fray Berenguel de Londora, continuados hasta el 11 de Noviembre de 1320 (2); siendo muy de observar la cláusula en que se hace mención del busto de plata con que rodeó la cabeza del apóstol Santiago el Menor. Estas actas, aún inéditas, que interesan á la historia general de Galicia, y fueron escritas por un testigo ocular de los hechos que narra (3), merecerían ver la luz pública. El códice perseveró en la Catedral Compostelana hasta bien entrado el siglo XV; y hubo de pasar después al colegio mayor del Arzobispo en Salamanca, quizá por donación ó por muerte de D. Alonso de Fonseca III, con cuyo nombre se cierra el catálogo adicional de los prelados compostelanos. De aquel colegio lo obtuvo el clarísimo Florez; y, en fin, debió venir á la Biblioteca Real cuando hizo traer á ella Carlos III varias curiosidades literarias.

Diferentes copias existen de la Historia Compostelana (4); pero indudablemente, á falta del original, la que acabo de describir ocupa el primer lugar de preferencia por su antigüedad, riqueza de viñetas y esmero caligráfico; si bien no carece de erratas que debe espurgar una crítica diligente.

Nada diré sobre el valor histórico de este libro, ni acerca de sus autores, cuestiones que ha puesto en toda su luz la *España Sagrada*. Tampoco hablaré de la viñeta preliminar, cuyo dibujo con mayor corrección que Florez acaba de publicar el Sr. Villaaamil (5), y que representa el hallazgo del sepulcro de Santiago y de sus dos discípulos por Teodomiro. Debo sí, dar atención preferente al *Cronicon Iriense* con que termina el códice de la Biblioteca Real.

En concepto de Florez (6), el *Cronicon*, plagado de anacronismos y de especies ridículas, se hubo de escribir algo después de la Historia Compostelana, é incorporarse á ella por su autor anónimo, al modo que en ella se ingirieron otros cronicones. De aquí el descrédito en que ha caído y en que comunmente se le tiene. Sin embargo, el hallarse prohibido á principios del siglo XIII por la Iglesia compostelana, para que ofreciese á la posteridad el resumen de su propia historia hasta la época de Almanzor, no es de poco momento. Que si á esto se allega el conato de acudir á las actas de los Concilios anteriores á la irrupción de los árabes, y el afán de compulsar las antiguas crónicas y escrituras, así de Santiago como de la iglesia de Iria, á cuyo estudio no supieron, ó no quisieron atender los redactores de la Historia Compostelana, justo será reconocer en el *Cronicon Iriense* (aun cuando no carezca de lunares y defectos) un trabajo suplementario de valía.

¿Cuándo se escribió, por quién y con qué obje-

(1) «Secunda die mensis junii Anno domini M° CCC° XLVII° recepi in Advocatum dominum Jacobum de mediolano pro XXV florenis, quos sibi in pensionem annuam singulis annis die prefata teneor solvere. Jam satisfactum est sibi de anno presentis.»

(2) «Sextusdecimus, Berengarius secundus, ordinis fratrum predicatorum, sacre pagine professor, de Regno francie, dyocesi Rutenensi (Rutensi, Florez), cujus vitam incitiam et actus mirabiles sub compendio et prefatione descriptam in primo folio libri hujus reperies; et principaliter quatenus ad illa que per ejus industriam ad promotionem (Primatiae, Fl.) Compostellane ecclesie et utilitatem totius Gallecie fuere divinitus operata, qui annis XIV (1317-1330) sanctam sedem Compostellane Ecclesie laudabiliter (admirabiliter, Fl.) rexit.» —El carácter de letra de este párrafo y el de las actas son de un mismo tiempo.

(3) «Verum ego, qui scribo hec, et omnia hec propriis prope oculis» Fol. 13.—Sospecho que el autor fuese Aymerico de Anteiace, familiarísimo del arzobispo Berenguel, y autor ó compilador de los tumbos B y C.

(4) Tres copias en papel guarda el archivo de Santiago. La más antigua es del siglo XV; la cual, perdidos los primeros pliegos, comienza en el capítulo 17 del libro I. La segunda se empezó á escribir el año 40 del pontificado del arzobispo D. Alfonso de Fonseca III (1503); contiene el *criconon Iriense*; y traslada al fin las actas de Berenguel de Londora. La tercera, de letra gallardísima, lleva al principio este índice de su redacción: «En Cabildo de 20 de Mayo de 1583 se libraron ciento sesenta ducados para pagar el traslado de la Historia Compostelana, que se sacó del colegio de Oviedo.» Este colegio de Oviedo era el mayor de San Salvador en la Universidad de Salamanca, del cual procedió también en 1672 el segundo manuscrito que sirvió á la edición de Florez.

(5) *La Ilustración gallega y asturiana*, Agosto de 1879.

(6) *Noticia previa de la Historia Compostelana*, números 15 y 16.

to? Para esclarecer esta cuestión tenemos dos códices gemelos que lo insertan, escritos en Santiago á mediados del siglo XII, y que para nada se acuerdan de la Historia Compostelana. Hállase el más antiguo en la Biblioteca Nacional (1), y el otro en la de la Real Academia de la Historia (2). Ambos llevan el nombre de *Tumbo negro* ó *Tumbillo de Santiago*, indicando su procedencia. El primero, acotado al margen de varias páginas con notas autógrafas de Ambrosio de Morales, perteneció al Colegio Mayor de Alcalá de Henares, y lo manejó y describió Castela Ferrer (3). Su autor lo redactó en diferentes tiempos y lugares, pues parece ser de una misma mano que va compilando de una parte y otra las especies más raras y curiosas que se le ofrecen sin plan determinado. El otro códice, fina y bella copia del anterior y más completa en algunos puntos, parece hecha de una sola mano, de una vez y en breve término. Lleva también muchas apostillas de Morales. Viéndola puede atribuirse al autor mismo que hubo de poner en limpio su borrador, retocándolo y variándolo someramente. Para mayor claridad llamaré *tumbo N* al de la Biblioteca Nacional, y *tumbo H* al de la Academia de la Historia.

Comienzan con el índice de las ciudades ó sedes episcopales de España durante la época visigoda (4). Prosiguen con los Anales, que Florez denominó *Complutenses* (5), y llegan hasta el año 1143, entre los cuales son importantes los relativos al monasterio benedictino de San Juan de Corias en Asturias (6). La fuente asturiana se descubre más y más con la Crónica de D. Pelayo, obispo de Oviedo (7), que viene á continuación y ocupa la mitad del códice. Un catálogo, hartó conocido, de los nombres de las ciudades españolas que mudaron losarracenos, un itinerario de Cádiz á Jerusalem por Córdoba, Toledo, Huéscara, Lérida, Guisona y Gerona con expresión de las millas de estacion á estacion, un tratado dogmático sobre la penitencia de Salomon, una página de recetas medicinales, y finalmente los fueros de Leon otorgados por Alfonso V y Elvira (1028) preceden al *Cronicon Iriense*, seguido del diploma sobre el voto de Santiago (8), con el cual se cierran ambos volúmenes. Uno y otro códice al pie de la última escritura exponen su procedencia y el nombre del escritor: «*Ego petrus marcius, dei gratia ecclesie beati iacobi cardinalis, sicut inveni in alio loco* (9) *scripto, quod in beati iacobi thesauro et in eius tumbo* (10) *permanet, ita scripsi et hoc translatus feci et proprio robore confirmo.*»

La letra de ambos códices es de mediados del siglo XII, conforme lo prueba la del insigne *tumbo A*, que acabo de tener en mis manos. Comenzado el *tumbo A* en el año 1129 (*era i. m. lx. uii.*) por el tesorero D. Bernardo, contiene entre otras láminas de inapreciable valor, la del sepulcro de Santiago y sus dos discípulos, de la cual hablaremos á su tiempo. No por más modernos merecen menos atención los *tumbos B* y *C* debidos á la iniciativa del tesorero Aymerico de Anteiác (11). Día de júbilo grande ha de ser para la Geografía, la Historia y las Bellas Artes, aquel en que salgan á luz tan importantes documentos.

Mi doctísimo amigo D. Antonio Lopez Ferreiro, ha descubierto en el *tumbo C* todos los datos apetecibles para determinar los años en que floreció, siendo canónigo de este Cabildo catedral Pedro Marcio, probable autor de los *tumbos N* y *H*. Hé aquí los datos:

(1) F, 86.

(2) Est. 25, gr. 4.º C. n.º 76. Hizo de él en 1787 D. Javier Palomares, copia que también está en el archivo de la Real Academia.

(3) *Historia de Santiago*, pág. 360-362.

(4) «*Hec sunt civitates quas regebant reges Gothorum et sui pontifices.*»

(5) *España Sagrada*, XXIII, 310-314. Cf. 298. El texto, del cual Dozy ha querido inferir que los Normandos entraron en Compostela el año 970, dice así en ambos códices: «*In (sub, tumbo N) era MVIII venerunt lorumani ad campo (lorumani ad campos, Florez.)*»

(6) Por no advertirlo una nota marginal del *tumbo H*, fol. 7 recto, atribuyó al códice la fecha de redacción (1142) que conviene á la Crónica del obispo D. Pelayo (*España Sagrada* XXXVIII, 375.)

(7) *España Sagrada* XXXVIII, 369, 370, 372, 376.

(8) *Esp. Sagr.* XIX, 329-335.

(9) El *tumbo N* omite «*loco*».

(10) Castela Ferrer: «*títulos*».

(11) El *B* se comenzó en 1326 y el *C* en 1328.

Año 1149. Otorga Pedro Marcio el documento del *tumbo C*, fol. 181.

Año 1153. Suscribe á una donación de su compañero Pedro Alvitez: «*Petrus marcius ecclesie canonicus et diaconus confirmo.*» Fól. 15.

17 Junio 1154. Firma en el testamento del arzobispo D. Pelayo Raimundez: «*Petrus marcius ecclesie beati Jacobi canonicus et diaconus, quod verum vidit et novit, testatur.*» Fól. 15.

Año 1178. Había fallecido. Así resulta de una escritura otorgada por uno de sus sobrinos, hijos de sus hermanas Adosinda y Guntrodo. Fól. 31.

Compréndese ahora por qué Pedro Marcio hizo en su obra tan abundante cosecha de la de su contemporáneo D. Pelayo de Oviedo, escrita en el año 1142. La fama del Prelado ovetense y la magnitud de su empresa histórica, excitaria la avidia del Cardenal ó Canónigo compostelano, quien se hubo de gozar en transcribir lo que estimaba flor y nata del libro. Rehacer lo aún no bien narrado y completo, relativo á las sedes de Iria y de Santiago, le pareció digno trabajo y bizarra obra. El *Cronicon Iriense* termina de una manera abrupta, y deja á los lectores en la expectativa de la expedición de Almanzor viniendo con sus huestes por la costa gallega hasta el sepulcro del Apóstol. Su redacción, tal como ha llegado hasta nosotros, se hizo para la Catedral de Compostela y en vida de Pedro Marcio. Si realmente Pedro Marcio fué su autor, como me lo parece á mí, no cabe duda que la muerte le previno antes de que le diese cabo. Lo que á toda luz resulta evidente, es que no se le pueden imputar tantas y tan ridículas especies como se le han atribuido. Con razón se burla Florez de la junta de sábios, que se presentan reuniéndose para dar nombre al sitio del descubrimiento del sepulcro de Santiago, y conviniendo en que se puede nombrar *Iria* por razón del arco iris, ó *Ilia* en atención de la hija de un príncipe troyano. Pero si aquel juicioso y sincero historiador eclesiástico hubiese tenido á mano los dos antiquísimos códices que hoy guardan la Biblioteca Nacional y la Academia de la Historia, hubiera visto no haber allí semejantes desatinos; y que así estos como otros muchos provienen de voluntarias apostillas y notas puestas al margen de los códices por hombres aventados, imperitos y caprichosos: apostillas y notas que los copiantes, no siempre felices en la transcripción, llevaron después al texto. Á disfrutar Florez de ambos códices, nos habria dado un texto correcto y puro de suma utilidad para el estudioso; pero las cosas parecen cuando ellas quieren.

FIDEL FITA.

Santiago 24 de Setiembre de 1879.

EL SANTUARIO DE ANTIPOLLO.

Al Sudeste de la ciudad de Legaspi, á tres leguas poco más ó menos de la floreciente capital de Filipinas, que se baña en el caudaloso Pásig y se recuesta majestuosamente en el fondo de la más extensa bahía del mar de China, comienzan á levantarse las accidentadas estribaciones de los montes de San Mateo. Nada hay en la vieja Europa comparable á aquellas selvas, que por su follaje compacto quieren parecerse á una gigantesca albahaca; nada semejante á aquellos sotos cubiertos de cógon, de sensitivas y de verbenas, por los cuales corren los veloces venados y las hermosas civetas y los gatos de monte; nada más encantador que los senderos que surcan los flancos de aquellas colinas por entre chozas de caña y nipa, plantíos de cañamuel, de arroz y de café, y sombreados por los altos y copudos árboles de la flora intertropical; y nada, por otra parte, más imponente que la gran cueva de San Mateo y las variadas y caprichosas estalactitas del pueblo de Antipollo.

¡Antipollo! el imán del corazón de todo filipino. ¡Antipollo! la concentración y la síntesis de su fé religiosa, de su confianza en la Divina Providencia, y de su amor á María Santísima. ¡Antipollo! la palabra mágica que extremece de contento á todo hijo del Archipiélago de Legaspi, desde Aparri hasta Albay, y desde Mindoro hasta Leite, porque á todos les recuerda ó una ilusión, ó un hecho, ó una esperanza, ó un voto. ¿Quién ha estado en Filipinas y no ha visitado á Antipollo? Porque hemos de confesarlo:

el nombre se impone, la fama es grande y la fuerza de atracción tan poderosa, que hemos visto subir á la celebrada colina á generales y á soldados, á magistrados y á alguaciles, á obispos y á sacristanes, á nobles y á plebeyos, á ricos y á pobres, á europeos y á asiáticos, á blancos y á aceitunados.

Aun nos parece ver hoy las numerosas barquillas empavesadas de banderolas, atestadas de gente hasta lo increíble, que al son de bandurrias y de flautas, y llevando sobre la lumbre la cacerola del arroz en la proa del ligero esquife, surcaban en Mayo de 1865 los rios y los estuarios que afluyen al rio Pásig ó terminan en Tay-tay, última etapa fluvial para emprender la ascensión hácia el suspirado santuario de Antipollo. Era la primera vez que presenciábamos ese espectáculo grandioso y conmovedor de un pueblo que en el sólo mes de las flores enviaba á un millon de sus hijos, para que en nombre de todos visitasen y venerasen y presentasen sus pobres ofrendas á la Virgen de la montaña. Y si animados estaban aquellos mansos y caudalosos rios y aquellos espaciosos estuarios bordados de manglares y de bambúes, y cubiertos día y noche de numerosas navicillas, que al tañer de los mismos instrumentos llevaban todas el mismo rumbo, no lo estaban menos las calzadas y los caminos y los senderos, que se dirigen y suben hácia el santuario de Antipollo: coches, calesas, palanquines, pencos, caravanas pedestres, y cuantos medios de traslación son viables en aquellas breñas ó en aquellas planicies, todo se explotaba y se utilizaba entonces y se utiliza y explota hoy, con más los buques de vapor para conducir al célebre santuario á aquellos alegres y tranquilos romeros, que no necesitan ni fuerza pública, ni policía, ni varas de justicia para conservar un orden inalterable en medio de una animación agitada.

Y no les preguntemos á dónde van. Poseídos de su ideal, llenos de fé y de entusiasmo religioso, apenas comprenden que en aquellos días piense nadie en otra cosa que en las fiestas y novenario de Antipollo. Ellos se adelantan á vuestra curiosidad, y como si leyese en vuestro semblante pintada la tristeza porque no los acompañais, os dicen con un acento entre infantil y picaresco: «*¡Sa Antipollo po!*—¡Á Antipollo, Señor!—Nuestra dicha es inmensa y no nos trocaríamos por ningún ser de la tierra.—Hemos presenciado esta escena trece años consecutivos.

II.

Empero digamos ya lo que es Antipollo. Como pueblo es malo y triste, si se exceptúa la época de la gran romería, el mes de Mayo, durante el cual se celebran allí tres solemnes novenarios á Nuestra Señora de la Paz y del Buen Viaje. Es una aldea de casas de caña y nipa, y algunas de tabla, que tiene poco más de tres mil habitantes, y cuyo clima durante la estacion lluviosa es algo propenso á calenturas. Empero su situación sobre una de las estribaciones de los montes de San Mateo, dominando la planicie, la ciudad y la bahía de Manila es en extremo pintoresca, y tiene un tinte de religiosidad y de grandeza, de silencio y de recogimiento que embarcan el ánimo, y como que le despiertan al propio tiempo para el pensamiento del cielo.

Hé aquí su origen, según un autógrafo de 1606 que tenemos á la vista. Era el año de 1590 cuando el P. Diego García, de la Compañía de Jesus, llegó á Manila en calidad de Visitador para enterarse de los trabajos de sus hermanos los ilustres hijos de Loyola. Trabajaban éstos entonces en la reducción de los indios de San Juan del Monte, Mariquina y Antipollo, distinguiéndose entre ellos, aunque todos eran distinguidos varones apostólicos, el P. Francisco Almerique, que evangelizaba con preferencia en el último de aquellos pueblos. Prendado el Padre Visitador de la amenidad del lugar, y más que todo conmovido por el progreso incesante que la religion hacía en aquellos supersticiosos y sencillos corazones, pensó en levantar en Antipollo un hospital y un seminario que tuviera el triple fin de curar á los indios de sus dolencias, de administrarles los Santos Sacramentos en sus postrimerías, y de instruir en el Catecismo á jóvenes y adultos, preparando así lenta pero seguramente las nuevas generaciones para la Iglesia y para España.

El pensamiento era oportuno. Aquellos pobres isleños nada sabían apénas del arte de curar, y cuando alguno caía enfermo, se contentaban con ponerle

á la cabecera de la estera en que yacía un coco lleno de agua, y así le dejaban morir. La superstición y la ignorancia y la esclavitud en que vivían los pobres respecto á los más pudientes, eran también llagas sociales que era preciso curar, si habían de ser pueblos felices, civilizados y cultos. Por supuesto que el buen P. García no contaba con otros medios para realizar el pensamiento que su gran fé en la providencia de Aquel que nos ha mandado abandonarnos en sus brazos paternales. Pero ¿cuándo se han detenido los varones evangélicos ante la falta de recursos? El pensamiento era de Dios y con Dios le había consultado al calor de la oración. A Dios, pues, el bendecirlo, á Dios el fruto, y del fruto el incremento, porque de Dios era la semilla.

Nada más conmovedor ni más tierno que la ceremonia religiosa que dió principio á esa obra, que ha crecido y que vive vigorosa muy cerca ya de tres

siglos, que han visto hundirse tronos y desaparecer dinastías, y cambiarse repetidas veces las fronteras de los Estados.

Cantada la Misa mayor y explicado al pueblo el Evangelio del Paralítico con las aplicaciones que el asunto requería, dirigiéronse los PP. Jesuitas al hospital, formado de caña y nipa, conduciendo para los pobres enfermos la comida preparada en su modesta casa-misión. El P. Visitador Diego García lavó y besó las manos de aquellos asquerosos neófitos, y empezó á servirles los manjares, ayudado por sus hermanos. ¡Ejemplo de humildad profunda y que no pasó desapercibido ni de Dios ni de los hombres! Los principales del pueblo, hombres y mujeres, viendo en el acto del Padre la reproduccion viva del mandato de Jesucristo, tuvieron á gloria reproducir ellos el ejemplo del P. García, y se consagraron al servicio de los desvalidos.

Casi con el mismo ceremonial se inauguró el llamado Seminario, y lo era en efecto para la virtud y la civilización, sino para las ciencias profundas. Comenzó con diez y nueve niños internos indios, y hubo despues de la función de iglesia chirimías y vihuelas, y hasta una lucida procesion y una danza á la castellana, segun el autógrafo á que nos referimos. La vida ejemplar de aquellos sacerdotes llenos de abnegación, de ciencia y de virtud, los prodigios visibles con los cuales Dios bendecía sus trabajos, y el cuidado y desvelo con que eran asistidos los enfermos, despertó la atención pública, y desde Manila comenzaron á visitar la colina de Antipolo, sacerdotes seculares y religiosos, y también personas seculares, con cuyo concurso aquella matita de mostaza llegó á ser árbol corpulento, reposando en sus ramas y cobijándose á su sombra todas las aves de la comarca.

MONUMENTOS RELIGIOSOS DE FILIPINAS.



EL SANTUARIO DE ANTIPOLO.

III.

Sabido es de todos los que han pasado la vista por las crónicas de nuestras posesiones oceánicas, que hasta principios del presente siglo iban de Nueva-España á Filipinas los capitales para sostener la colonia. La imperfección de los conocimientos náuticos, de los derroteros, de las estaciones y de las construcciones navales, no ménos que la osadía de nuestros enemigos, que asediaban los bajeles para robarlos, hacían en aquellos tiempos muy peligrosa la navegacion desde Acapulco á Manila, tanto que al llegar á esta capital la nao que conducía el situado, era saludada con repique de campanas, *Te Deum* y públicos regocijos. Para despedir al galeon se hacían rogativas públicas, y en el ceremonial de la iglesia de Santo Domingo de Manila he visto minuciosamente detalladas las fórmulas todas de aquella imponente plegaria.

Pues bien, la fé de nuestros mayores escogió entonces un medio de conjurar las tempestades y de

eludir los asaltos de los corsarios. Colocaron en la popa de sus carabelas una imagen de Nuestra Señora de la Paz y del Buen Viaje, que adquirieron en la América, y confiaron á María el éxito de aquellas árdas campañas. La imagen americana se custodiaba y veneraba, cuando no salía á la mar, unas veces en la iglesia de los Dominicos de Manila, al lado de la del Rosario (que también era sacada procesionalmente á la muralla para bendecir los galeones) y las más en el santuario de Antipolo (1), cuyo nombre había de tomar andando el tiempo. Ocho veces fué llevada la imagen de la Paz y de Antipolo á las costas del Nuevo-Mundo, y otras tantas han probado aquellos bizarros marinos que no en vano habían confiado en la protección de María. ¡Y cuán sublimes y prácticas me represento á aquellas expediciones marítimas, en las que contemplo á María

(1) Antipolo es el nombre tagalo de un hermoso árbol como el árbol del pan, llamado por los naturalistas *Artocarpus incisa*.

cobijando bajo su manto á los hijos de su corazón, mientras que el Dios de Sabaoth blandía el rayo sobre sus cabezas, crugían tempestades horribles, ó agitaba el leve bajel la entumecida marejada! Y cuando el cañon de la playa anunciaba al inquieto vecindario la arribada de la nao, cincuenta pueblos se agrupaban á la ribera del Pásig, para acompañar procesionalmente á la Señora hasta la colina de Antipolo, y tributar gracias al cielo por el beneficio recibido; y cuando una pública calamidad hería en el corazón á aquellos pueblos, de nuevo ascendían al santuario de Antipolo, para conducir en triunfo hasta Manila á la imagen veneranda. De ahí el origen de esa santa impaciencia, de esa alegría y de ese entusiasmo sin igual con que un millon de filipinos siguen visitando en el mes de Mayo el santuario histórico de Antipolo.

Expulsados los PP. Jesuitas del Archipiélago filipino por la tiránica pragmática de Carlos III, el santuario que esos heroicos misioneros habían levantado para gloria de María, esplendor de la reli-



gion y de la patria, pasó al poder del clero secular indígena, que lo conservó hasta hace unos diez y seis años, en que á consecuencia de una real cédula, destinando á los PP. Jesuitas á las misiones de Mindanao y Joló, recibieron dicho santuario los Padres Recoletos, en cambio de los ministerios de esta orden que pasaron á la Compañía.

No podemos precisar en este momento la fecha en que los PP. Jesuitas levantaron el templo y el convento cuya vista ofrece "LA ILUSTRACION CATOLICA" á sus lectores, aunque suponemos que no sea anterior al pasado siglo. Los PP. Recoletos en el tiempo que llevan al frente del santuario, han restaurado notablemente y adornado con gusto delicado uno y otro edificio; han colocado la verja de hierro que circuye el átrio; han aumentado el culto y han contribuido poderosamente al aumento de la devoción y de la romería de María Santísima, que es cada día más popular en el Archipiélago filipino. También merece un voto de gracias nuestro distinguido amigo el coronel D. Francisco de Torrontegui, por las mejoras materiales y morales á que dió vigoroso impulso en el pueblo de Antipolo, durante el tiempo en que fué Gobernador político-militar de Morong, en cuyo distrito está enclavado aquel santuario.

Sirvan estas líneas trazadas á vuela pluma para excitar en los lectores que hayan visitado á Antipolo un recuerdo de gratitud hacia la Virgen de la Paz y del Buen Viaje, y para inclinar el ánimo de los que aún tengan la dicha de visitarla, á encomendar á su maternal protección al último de sus devotos,

F. R. MARTINEZ VIGIL,
de la Orden de Predicadores.

POESIAS

DE

DON CASIMIRO DEL COLLADO.

Fué el Sr. Collado poeta romántico, pero de los buenos é inspirados, y libre generalmente de los vicios de la escuela. Bastante prueba dan de ello los pocos versos de su primera época, que ha querido conservar en esta segunda edición. Porque es de saber que con exquisito gusto, y cual si no se tratara de hijos propios, ha cercenado cuanto le pareció endeble, y aún las mismas composiciones salvadas se presentan hoy muy otras de como en la impresión de Méjico se leían.

Estas primeras poesías, todas ellas agradables y amenas, están, con todo eso, muy lejanas de anunciar al acicalado hablista, al maravilloso versificador, al espléndido poeta descriptivo que veremos después. Siempre vienen las flores ántes que el fruto, y no madura éste en un momento. Antes de volar el poeta con alas propias, antes de contemplar cara á cara aquella opulenta naturaleza americana, y hacer poesía de veras, hizo poesía de artificio: orientales y leyendas, géneros radicalmente falsos, en que siguió las huellas de Zorrilla. Casos hay en que el imitador no se queda muy á la zaga del modelo, superándole, por de contado, en limpieza y relativa corrección de estilo y lengua, cualidades de que nunca prescindió Collado; pero más que estos ensayos agradarán de fijo al lector, por lo espontáneos y bien sentidos, los versos de amores, tristezas y afectos personales, que hacía el mismo tiempo compuso el poeta. *Laura en el templo, El ave sola, En la iglesia de...* y algunas otras, tanto mejores cuanto más breves, porque el verdadero sentimiento lírico no se aviene con ampliaciones y desleimientos, se apartan de las rutinas de escuela, y entran algo más en la genialidad artística de nuestro poeta.

La cual se va acentuando más y más en los que pudiéramos llamar versos de su *segunda manera*: en las octavas *Al amor*, v. g.; en la *Indiferencia*, donde ya la descripción es arrancada de la realidad y no imitada de los autores favoritos; en la *Meditación* y en el *Paisaje*, donde además de la tersura del estilo, asoma ya la tendencia meditabunda y moralizadora que domina sin rival en los últimos versos de Collado. Indudablemente su estilo y gusto se iban modificando con los años: otros estudios, otras costum-

ñoles, y encontró acentos propios y vigorosos para toda idea y toda pasión, colores y formas para todo espectáculo de la naturaleza. La lengua estudiada por él con amor más que filial, le abrió sus más recónditos tesoros y camarines, y derramó sobre sus cantos lluvia de perlas y de flores, no de las postizas y contrahechas, sino de las que reserva para sus vencedores. No encontró rima indócil, ni estrofa reacia: el pensamiento y la palabra no fueron en él como el cuerpo y la vestidura, sino como el cuerpo y el alma: la estrofa salió alada y brillante del taller de la idea, y el estilo tuvo, en los mejores momentos del poeta, una transparencia y perfección, que hubieran envidiado Pesado y Carpio, lumbreras del clasicismo en Méjico. La poesía descriptiva fué para Collado el campo predilecto. El mismo Andrés Bello, autor de la incomparable *Silva á la agricultura en la zona tórrida*, miraría con celos la *Oda á Méjico*, donde con más briosa y pujante entonación que en la suya, hay el mismo amor y esmero en la descripción de pormenores, y en lo peregrino y bien adecuado de los epítetos: obra maestra á la cual sólo daña el excesivo empleo de los recursos onomatopéyicos.

Collado ha recorrido con igual fortuna todos los tonos de la lira castellana, desde la entonación cuasi épica de las octavas *A Chapultepec* y de la oda *Al sabino de Popotla*, hasta el hondo sentimiento elegíaco, que palpita en *Liendo ó el valle paterno*, más inspirada y no menos elegante composición que la de Gray *Al cementerio de una aldea*: desde la apacible serenidad, al modo de Fr. Luis de Leon, de las líras *A la Primavera*, hasta la acerada y juvenilesca indignación del *Adios á España*, modelo de sátira política.

La variedad de asuntos y la flexibilidad de ingenio son dotes de las más características de Collado. Pero el elemento descriptivo predomina en él sobre todo. Pocos, muy pocos vates castellanos han poseído como él el sentimiento de la naturaleza en todas sus variedades y matices. Así, la contemplación reposada y la íntima fruición en la oda *Desde el Retiro* contrastan con la brillante, aunque un tanto didáctica, exposición de las evoluciones geológicas en *Ciencia y creencia*, donde (si he de decir lo que siento) fuera de desear más claridad y menos dudas.

En el manejo de la lengua y en el arte de la versificación, ya he dicho que el Sr. Collado es maestro: si de algo se le puede tachar es de exceso de artificio y de buscar dificultades por el placer de superarlas. Numerosas, rotundas y llenas son sus estancias: felices sus inversiones y latinismos: variadas y nunca vulgares sus rimas, y aplicados con horaciana novedad sus epítetos. Véase una ligera muestra de la

manera como versifica y describe:

En las regiones donde eterno está
el vigor de su aliento desparrama,
y apenas el aljófár del rocío
consiente al alba en la menuda grama,
con ardoroso arrullo
las auras lisonjeras
halagan el orgullo
de plátanos y cocos y palmeras:
allí por entre ovals
hojas, blanco algodón rompe el capullo
en copos desiguales:
encorvados nopales
los insectos preciosos atesoran,
que de Tiro la púrpura mejoran;
del café más allá verdes arbustos
las habas insomníferas despliegan,

Viñetas tomadas del Códice de Calixto II (siglo XII)
que se conserva en el archivo de la Catedral de Santiago. (De fotografía.)



SALIDA DE CARLO-MAGNO PARA GALICIA.



SANTIAGO BENDICE Á CARLO-MAGNO.

bres, otro mundo pedían cantos nuevos. Collado lo entendió así, y tuvo el valor, si no de quemar lo que había adorado (porque fuera excesiva crueldad pedir de un hombre que absolutamente renunciara á las dulces memorias de la infancia y de la primera juventud), á lo menos el de arrojarle resueltamente por nuevos derroteros, hacer con pensamientos nuevos versos de hermosura antigua, expresar clara y sencillamente lo que sentía y lo que veía, y amantarse su musa en los pechos inexhaustos de la madre común Naturaleza. Entonces brilló en su frente la luz de los elegidos, y sonó en sus labios el único canto digno de estos tiempos:

El himno de la fuerza y de la vida.

Y desde entonces (no dudo en asegurarlo) púsose mi conterráneo al nivel de los primeros líricos espa-

de copudos naranjos á la sombra
que en azahar y aroma el campo anegan;
y más lejos, más lejos los manglares
do alimañas innumeras se esconden,
con solemne murmurio corresponden
al compasado estruendo de los mares.

(Oda á México.)

Y así está escrita toda esta inmensa silva, sin que
se detenga un punto el raudal descriptivo, que ora
resbala entre flores, ora ruge con la voz de las tem-
pestades y de los volcanes, El poeta lo recorre todo,
desde el inquieto hervor sañudo

del eléctrico incendio que aún trabaja
las vísceras gigantes de la tierra,

hasta el diamante de los lagos, engarzado en acero
de verdura,

donde Natura reservarse quiso
tálamo á sus deleites prodigioso,
cuyo cielo arrancó del Paraíso.

(Desde el Retiro.)

Mientras viva la lengua castellana han de vivir
tales composiciones, y cuando apagados los entu-
siasmos y odios contemporáneos, se juzguen las
cosas por su valor absoluto y no por el aplauso y
boga de un día, aprenderán de memoria nuestros
nietos en las antologías y ramilletes poéticos, la pin-
tura del camino de Puebla á Méjico.

Atrás fueron quedando
de Tepeyác el risco milagroso,
tanto al devoto pecho venerando:
las que erigió el Tolteca
pirámides egipcias, tumba ó ara:
el hondo valle do el mayor caudillo
la rota de fatal noche repara
con victoria y laurel de eterno brillo:
Tlaxcala, que entre cerros el encono
y el probado ardimiento disimula:
al pié de informe, verdinegro cono,
la sagrada Cholula:
granjas, aldeas, lomas y planicies,
en agave inebriante y miés opimas,
y en sucesion de extensos panoramas,
campos que el Cáncer agostara en llamas,
sin el frescor de las nevadas cimas.

Collado encuentra casi siempre la frase única y
feliz, la que no se borra nunca de la memoria, v. g.:

En rudos tronos, cual dictando leyes,
rígidas momias de los indios reyes.

(A Chapultepec.)

Un Niágara de luz, la toga glacial de los volca-
nes, la lilon de los lagos, son frases que bastan para
acreditar á un poeta.

Imposible parece que un vate de tan robusta en-
tonacion y arranque, y de tanto lujo descriptivo,
haya conseguido asimilarse el espíritu de Fr. Luis
de Leon, hasta el grado de pureza y tersura, que se
admira, por ejemplo, en estas gallardas liras:

¡Beato el que se aleja
de las flores de Abril, que el deleite abre,
y cual pródiga abeja,
con las que el juicio entreabre,
panal de ciencia y de virtud se labre!

Tú que del alma mía
eres íntimo afán, ánsia primera;
á quien prudente guía
materna consejera
por los pensiles de la edad ligera;
atenta sigue el blando
eco y ejemplo de la madre amada,
y en virtudes medrando,
y en buen saber lograda,
házte á la seria edad aparejada.

(La Primavera.)

Los afectos suaves, ya de familia, como en esta
oda y en la verdaderamente conmovedora *Elegía*, de
la pág. 257, ya de patria, como en *Liendo ó el valle
paterno* (que es pará mí la más simpática de todas
las joyas que van en este tomo, y tiene pasajes de
una hermosura y sencillez homéricas), ya de reli-
gion, como en el hermoso himno

Rompa mi voz en cántico sonoro...
encuentro en Collado un delicadísimo intérprete. El

poeta de sentimiento vale en él tanto como el poeta
descriptivo. ¡Feliz quien sabe hermanar los afectos y
las imágenes, porque esta es la poesía! Y feliz yo
que puedo revelar hoy á España un verdadero poeta,
y decir con orgullo que es de mi tierra y amigomio.

M. MENENDEZ PELAYO.

LA CADENA QUE TE DÍ.

(De Lord Byron.)

La cadena que te dí
Más que tú me ha sido fiel,
Que ella cumplió su papel
Sin enseñártelo á tí.
Yo sus anillos uní
Con tan extraña invencion,
Que en tocando á un eslabon
Otra mano que la mía,
La cadena se abría
Delatando tu traicion.

Cual cifra ó sello encantado
Te la coloqué en el cuello;
Vino otra mano y el sello
Rompióse apenas tocado.
Ella avisa al engañado;
Tú fementida, le engañas:
De dos materias extrañas,
Ella acero, y tú mujer,
Por fuerza habías de ser
Tú la más dura de entrañas.

No me quejo, á mi amargura
Algo la hace ménos triste;
Tú siempre conmigo fuiste
Traidora, alevé y perjura.
Por fin cesó mi locura
Y el engaño en que viví;
Ya no es todo farsa en tí,
Como lo fué eternamente;
Ya hay algo en tí que no miente:
¡La cadena que te dí!

F. M. MELGAR.

1879.

LA MALDECIDA.

LEYENDA AMERICANA.

A fines del año 1829, circuló en Puno, ciudad
situada á los bordes del grandioso lago Chucuito, la
noticia de un horroroso asesinato. La justicia se
había apoderado del culpable, ó por mejor decir, del
que grandes sospechas designaran como verdadero
reo. Sin embargo, ninguna prueba existía para com-
probar el delito, y después de muchos interrogato-
rios, decidieron los magistrados que se le pusiese en
libertad.

A la hora de cumplirse aquella órden, fué á visi-
tar al acusado una joven. Su hermoso rostro, su
talle esbelto, su cabello reluciente como el ébano,
su espresion dulce, y todo su gracioso conjunto,
revelaba las cualidades que suelen adornar á las mu-
jeres indígenas del Perú, cuya noble raza conserva
los recuerdos de su primer origen.

Aquella mujer pertenecía á la clase del pueblo
por su aspecto humilde y sencillo trage; pero sus
modales y lenguaje indicaban fácilmente que su
origen era distinguido. A consecuencia de desgra-
cias sin cuento, careciendo de todo recurso, se había
decidido á casarse con aquel hombre sobre el que
pesaba una acusacion criminal. No era el amor ni la
piedad lo que cerca de él la conducía. Acababa de
saber que había sido engañada infamemente: aquel
miserablemente tenía otra esposa.

Después de una acalorada explicacion, el acusa-
do se irritó contra la pobre mujer hasta el extremo
de abofetearla y amenazarla con la muerte. La infe-
liz no pidió socorro, pero en el exceso de su resen-
timiento soltó algunas frases que fueron recogidas
por los testigos de aquella escena lamentable, y en
las que acusaba á su esposo como autor del crimen
que se le atribuía. La justicia procedió de nuevo
contra Condori (así se llamaba el acusado), y Olayta,

su esposa, fué detenida con objeto de obtener decla-
raciones más explícitas y terminantes.

Los esfuerzos de los magistrados y de los minis-
tros de la religion, fueron por mucho tiempo inúti-
les; pero un día Olayta, atormentada por el recuerdo
del crimen cuyo castigo pedia la justicia, ó bien que
su corazon, puro en otro tiempo, tuviera necesidad
de aliviarse del peso que le oprimía, se puso de ro-
dillas, y con las manos juntas, bañados los ojos en
lágrimas, y atestiguando de su inocencia al cielo,
declaró que su marido había cometido el asesinato,
y que ella había hecho los mayores esfuerzos para
salvar á la víctima.

Esta circunstancia bastó para decidir la convic-
cion del tribunal, en cuya presencia se ratificó
Olayta en lo dicho. Condori debía marchar á la
muerte y Olayta quedó en libertad.

Esta declaracion, arrancada á los resentimientos
de la esposa ofendida, la convirtió en objeto de odio
y desprecio. En semejante caso se forma muy pronto
la opinion pública. Los primeros días que estuvo
Olayta en la cárcel, recaian sobre ella algunas sos-
pechas de complicidad; pero después de su declara-
cion, todos creyeron que era la única culpable.

Animado Condori con esos rumores, le atribuyó
todo el crimen, y hasta en el mismo cadalso renovó
tan odiosa acusacion.

El populacho, inclinado siempre á recibir toda
clase de impresiones, entregó desde aquel momento
á la execracion el nombre de Olayta.

El sacerdote que había asistido al criminal en
sus últimos momentos, fué el único que dudó de su
sinceridad. Le había visto morir insensible á sus ex-
hortaciones, y con el corazon lleno de odio y turba-
cion. Pero esta duda ningun socorro podía prestar á
la desgraciada Olayta, porque la turba se sublevaba
contra ella furiosa y despiadada. Habíase refugiado
al salir de la cárcel en un arrabal de la ciudad; pero
los gritos de la muchedumbre de indios, no tarda-
ron en helar de espanto á las buenas gentes que la
habían recogido. Vióse arrojada á la calle, abruma-
da de injurias y de malos tratamientos, hasta que
echada de la ciudad, la abandonaron moribunda en
la orilla de un foso.

¡Allí al ménos encontró sosiego!

¿Pasó acaso junto á ella alguna nueva Sama-
ritana?

No. Las que la habían visto en las calles vecinas,
acudieron á su vez, y Olayta, echada de nuevo, se
vió en la necesidad de huir, arrastrándose y con
grandes dificultades, á una parroquia inmediata,
donde algunos hombres ménos crueles la salvaron
del furor de sus perseguidores.

La misma acogida obtuvo en todas partes donde
esperaba encontrar un asilo, un sitio en que respi-
rar. El terror que ella infundía se esparcía como una
llama ardiente en todos los hogares de la raza de
Manco-Capac (1), y mucho ántes de que llegase á
un pueblo, villa, ó huasi (2); se la esperaba con pa-
vorosa sorpresa. Difícilmente podrá creerse, á no ser
que se tenga conocimiento exacto de las costumbres
del pueblo Quichua (3), el bárbaro encarnizamiento
con que unos la rechazaban, y el terror supersticioso
que con su presencia experimentaban otros, como
si consigo llevara la maldicion del cielo.

Existía, sin embargo, una humilde choza cuyos
habitantes abrigaban sentimientos más humanos;
era de un manchu runa (4), llamado Yana-Colque,
que había abandonado su país natal para establecer-
se en ese sitio agreste y cercano á Puno, con su mu-
jer y una hija de doce años. Poco después de su es-
tablecimiento murió su esposa consumida por vio-
lento pesar. Esta muerte había dejado en el rostro
de Yana-Colque la indeleble señal de profunda
melancolía. Vivía retirado, cultivaba una corta ex-
tension de tierras, y pasaba los días festivos con su
hija, evitando todo trato con sus vecinos, que ocupa-
ban algunos caseríos inmediatos, quienes veían en
él un hombre poco sociable, pero bueno, y que
sufría á causa de profundos pesares, que respetaban
sin conocerlos.

En aquella morada no se alteró la tranquilidad
con el anuncio de la próxima llegada de Olayta. La
niña Sarai notó que su padre no había añadido la

(1) Monarca fundador del imperio de los Incas.

(2) Caserío.

(3) Raza indígena del Perú.

(4) Hombre anciano.



menor palabra á las alarmantes relaciones de sus vecinos; observó tambien que no se había conmovido cuando le aconsejaron amigablemente que no dejase salir á su hija, y que se colocase á la puerta de su casa armado de un palo para castigar á la perversa Olayta, tanto más que el camino estaba á poca distancia, y probablemente llegaría por aquel lado.

Un día salió Yana-Colque á su trabajo, dejando muy inquieta á la niña Sarai, la cual se propuso echar el cerrojo de la puerta al menor ruido que oyese. Ocupóse en seguida en los quehaceres domésticos, y se estremeció al recordar que debía ir por agua al río inmediato, donde tal vez encontraría á Olayta. Juzgó imposible exponerse á tanto peligro; pero necesitaba agua para preparar la comida de su padre, y después de haber dirigido una corta, pero ferviente súplica á Dios, para que la preservase de toda desgracia, tomó el *yuru* (1), y se encaminó al río.

Había ya andado unos cien pasos, cuando se le figuró oír de lejos confusa gritería. Detúvose para escuchar, y como el ruido se acercaba, regresó corriendo á la cabaña, en cuya puerta encontró á su padre que la estaba aguardando. Sorprendido éste al verla trémula y agitada, y con el *yuru* vacío, le tomó cariñosamente la mano diciéndole:

—Adivino, Sarai, lo que tienes. No te atreves á ir al río, porque temes encontrar á Olayta.

Sarai echó á llorar. Su padre continuó:

—¿Por qué temes á esa mujer?

—No la temo tanto como la odio;—replicó Sarai.

—¿La odias, hija mía!... ¿Qué daño te ha hecho? ¿Has olvidado que Dios manda que amemos á nuestro prójimo?

—Pero no al perverso.

—Sí, hija mía, debemos amarle y compadecerle, aunque aborrezcamos el delito que cometió. ¿Pero quién te ha dicho que Olayta sea criminal? Sus jueces la han absuelto por inocente, y ellos son mucho más sábios que esa turba ciega que la acusa. Vé, pues, á buscar el agua que necesitas, y ten valor. Aquí te aguardo.

Tranquilizada Sarai con las palabras de su padre, enjugó sus lágrimas y se encaminó al río.

Los clamores que un momento antes sembraron el terror en su corazón, se oían más cerca. Subió á una colina desde donde divisó un gentío inmenso, que dando espantosos gritos, se dirigía hacia el sitio que ella ocupaba. Era Olayta, á quien hombres y mujeres perseguían tirándole piedras y lodo á la cara. La fatiga y el terror habían descompuesto el semblante de aquella infeliz mujer; tenía los ojos desencajados, los pies descalzos é hinchados, y de sus vestidos solo conservaba algunos andrajos.

En esta forma llegó al río, perseguida siempre por la turba que se empeñó en que le atravesara; Olayta vaciló, y los más osados, levantándola entonces en alto, la arrojaron al agua, á pesar de sus súplicas y lastimeros gritos. El espanto reanimó sus agotadas fuerzas: un movimiento desesperado la llevó á la orilla opuesta y desapareció entre un bosquecillo de *tola* (2) que allí cerca había. A poco rato se retiró la turba dando ahullidos de alegría, y Sarai se quedó sola, sobrecogida á la vez de piedad y de terror.

La pobre niña se apresuró á llenar su *yuru*, y marchaba ya precipitadamente á reunirse con su padre, cuando al pasar cerca del bosquecillo, oyó unos gemidos ahogados. Dirigió la vista hacia aquel lado, y divisó á la desgraciada Olayta tendida en el suelo, con los ojos levantados al cielo y sollozando convulsivamente. Sarai había formado una idea poco ventajosa de aquella desgraciada; creía que era una mujer horrorosa, así es que fué mucha su sorpresa, cuando acercándose vió á una joven hermosa aún, y cuya fisonomía, á pesar de la palidez de la muerte que la cubría, llevaba el sello de la bondad; nada indicaba en ella los crímenes de que la acusaban. Algo más tranquila acercóse á Olayta, que haciendo un esfuerzo violento, se puso de rodillas y le dijo:

—¿Perdon! ¡Piedad! ¡Hija mía, salvadme de ellos; salvadme tan solo esta vez! ¡Pueda yo respirar un día, una hora!... ¡Quiero morir aquí; no les digais donde estoy! ¿Sois joven, inocente!... ¿Sereis también buena?

—Y si yo soy buena, ¿no sois vos mala?

—¡No! replicó Olayta con una vehemencia que parecía el último esfuerzo de una naturaleza moribunda, no; ¡soy inocente! No merezco mi horrible suplicio, al menos por el delito de que se me acusa. Mi crimen está en haber desobedecido á mis padres, en haberlos deshonrado, abandonado; mi desesperación la motiva no saber á dónde ir para implorar su misericordia, porque yo los obligué á expatriarse. Pero... ¡Silencio!... ¿No oís?... ¡Oh! ¡Perdon!... No me descubrais.

—Nadie viene—respondió Sarai,—pero aguardad un momento.

Y mandó en seguida á referir á su padre cuanto aquella joven le había dicho.

—Vuelve á su lado, dijo Yana-Colque á su hija con voz conmovida. Pregúntale qué apellido lleva y cuál es el pueblo de su nacimiento. Dile que no tema depositar en tí su confianza, y llévale tambien algunos alimentos. ¡Infeliz! ¡Tal vez no se habrá desayunado hoy!

Sarai ejecutó con interés lo que su padre le había mandado, y cuando regresó á su casa le encontró llorando y puesto de rodillas delante de una imagen de la Virgen. Luego que la vió enjugóse las lágrimas, y cuando supo que la joven se llamaba Olayta, y que había nacido en Huamanga, levantóse para caer luego en una silla cubriéndose la cara con las manos.

—¡Infeliz de mí, dijo sollozando; mis presentimientos no me habían engañado, era ella! ¿Qué delito he cometido, Dios mío, para que así me castigues?

Asustada Sarai al ver el desconuelo de su padre, le prodigó mil caricias, sin atreverse á preguntarle cuál era la causa de tanto pesar. El anciano adivinó los deseos de su hija y quiso satisfacerlos.

—Hija mía, le dijo cariñosamente, ha llegado el momento en que debo revelarte un secreto que creí deber ocultar para siempre. Antes de retirarme con tu madre á estos lugares, teníamos otra hija, que era nuestro orgullo, nuestro amor, y su notable hermosura formaba el encanto de cuantos la contemplaban. Nada escaseamos en su educación, porque entonces éramos ricos y considerados por nuestra cuna elevada; pero nos abandonó, y yo, en el exceso de mi furor... El cielo la ha castigado con demasiada severidad, yo la perdono. ¡Y luego, era tan joven, tan bella, y le tendían tantos lazos!... El que me robó mi hija, había prometido casarse con ella, y la abandonó después. Hé aquí lo que hasta ahora he sabido de tu hermana. ¡Creía yo que había muerto!... ¡Su pobre madre no la verá!... Yo solo participaré de la vergüenza y de la alegría de su regreso.

—Luego...—dijo Sarai pálida y trémula,—Olayta es...

—Tu hermana, hija mía. No te avergüences de ello si está arrepentida.

—No, padre mío, la compadezco y la amaré. Pero seguidme si os lo permiten vuestras fuerzas. Apresurémonos á conducirla aquí; la ocultaremos y la defenderemos.

El anciano se levantaba para seguir á Sarai, y en aquel momento se oyeron los pasos y las voces de muchas personas que se acercaban á la cabaña. Sarai se estremeció acordándose de su hermana, pero se disiparon sus temores al ver entrar á los dos alcaldes de la parroquia y á muchos vecinos, precedidos por un viejo venerable cuyo trage anunciaba un ministro del Señor.

—¿Habeis visto á Olayta? dijo uno de los alcaldes dirigiéndose á Yana-Colque.

—No temais confesarlo, añadió el sacerdote, que notó su turbación. Lejos de acriminaros por haberla recibido favorablemente en vuestra casa, según presumo, vengo á agradeceroslo. Es inocente.

—¡Inocente! exclamó Yana-Colque, que apenas podía sostenerse, tal era la emoción que experimentaba. ¿Estais seguro de lo que decís?

—Tengo de ello una prueba convincente. Yo ofrecí los últimos consuelos de la religión al miserable que por venganza la acusó, después de haber sido sentenciado. Estaba bien persuadido de que él era el único culpable, y el tiempo que todo lo descubre ha manifestado que no me engañé. Hace algunos días que un criado del verdugo me trajo un papel que encontró en los vestidos del criminal. Era el principio de una carta que dirigía á uno de sus cómplices, y que la pronta ejecución de la sentencia no le permitió concluir. En ella se queja de las declaracio-

nes de Olayta, y manifiesta el pesar de no haberla sacrificado á su seguridad, después de lo que ella hizo para oponerse á la ejecución de su crimen. En fin, ese escrito, que obra ya en poder de la justicia, la declara inocente, y vengo á sustraerla á los bárbaros tratamientos que sufre, y á ofrecerla todos los socorros que pueda necesitar.

—Los encontrará aquí, respondió el anciano Yana-Colque, en cuyos ojos brillaban el enternecimiento y la alegría. Esta es su casa.

—¿Sois pariente suyo?

—¡Soy... su padre!

Pasada la tierna impresión producida por la declaración de Yana-Colque, se dirigieron todos á donde Olayta estaba. Sarai, que los había precedido, les salió al encuentro, y dijo á su padre:—Todo lo sabe y os aguarda; pero en nombre del cielo apresuraos. Creo que está próxima á espirar.

Avivaron el paso, y cuando llegaron al bosquecillo vieron á Olayta apoyada en una peña. Tenía los ojos cerrados y permanecía, al parecer, insensible á cuanto á su alrededor pasaba.

Su padre la abrazó sin que ella lo notara.

Al cabo de un momento abrió los ojos y los clavó en el autor de sus días. Hacia mil esfuerzos para hablar, pero su lengua estaba seca, y sus blancos labios se movían convulsivamente sin poderse unir; en fin, dijo con voz débil:

—¡Padre mío... una palabra... una sola palabra vuestra!...

—Dios te perdone y te bendiga, así como yo lo hago, querida hija mía, dijo el anciano derramando copioso llanto.

Olayta hizo un movimiento para contestar.

Un rayo de alegría reanimó su rostro, y poco después inclinó la cabeza.

—Acercaos, dijo Yana-Colque al sacerdote, que inmóvil miraba aquella escena de dolor. Acercaos; necesita vuestro auxilio; se muere.

El sacerdote se puso de rodillas, y todos rogaron.

Olayta comprendió cuanto á su alrededor acontecía, y el movimiento de sus labios indicaba que ella también rogaba. A poco se fué deslizándose por el peñasco en que se apoyaba, y cayó al suelo arrojando un profundo suspiro.

—¡Ha muerto! exclamó el desgraciado padre, mientras que Sarai dió un grito penetrante.

—¡Está en el cielo! respondió el ministro de Dios.

—¡Sí, en el cielo! Y pedirá por su padre. Yo atraje sobre ella la cólera de Dios. ¡La había maldecido!

C. E. ESTRUCH.

LOS GRABADOS.

Acropolis de Santiago con las torres de la Catedral, pág. 285.

(Véanse los *Recuerdos de un Viaje*, á que esta lámina se refiere.)

El Santuario de Antipolo (Filipinas), pág. 288.

(Véase el precioso artículo del docto dominico R. P. Martínez Vigil, pág. 287.)

Vínetas tomadas del Códice de Calixto II (siglo XII) que se conserva en el archivo de la Catedral de Santiago, pág. 289.

(Su explicación se dará en el artículo X de los *Recuerdos de un viaje*.)

EL HIJO DE LA LAVANDERA.

Relato histórico moral.

Á mi querido hermanito Álvaro.

I.

MADRE É HIJO.

Por los años de 1512 vivía en Granada una pobre lavandera viuda, llamada Catalina, de honestas y cristianas costumbres. Su hijo Luisito era un niño muy hermoso, de rostro moreno y sonrosado, de frente despejada y serena, de negros y rasgados ojos, cuya mirada viva é inteligente templaba el dulce y candoroso reflejo de la inocencia de su corazón.

(1) Cántaro.

(2) Paja silvestre.

Aquellos dos pobres seres, á quienes el mundo llamará desgraciados, eran, sin embargo, felices porque creían en Dios y esperaban en su bondad, y porque tenían para consuelo de su infortunio una oración en los labios y una lágrima en los ojos. Bienaventurados los que lloran; bienaventurados los pobres, dijo nuestro Redentor; y estas verdades se cumplían al pie de la letra en Catalina y Luisito, pobres de los bienes que secan y metalizan el corazón, pero ricos de fé y esperanza que le subliman y le consuelan con la dulce perspectiva de una región de amor y de dicha colocada al extremo de esta vida desgraciada.

Luisito apenas había conocido á su padre, pero Catalina se le recordaba con frecuencia. Todas las tardes, cuando el sol trasponía las vecinas sierras y las campanas despedían lúgubres sonidos desde el alminar de la mezquita convertida en templo cristiano, la madre tomaba al niño de la mano diciéndole:

— ¡Hijo mío... recemos por el eterno descanso del alma de tu padre!...

Luisito caía de rodillas al lado de su madre, y ambos, con los ojos fijos en el cielo y las manos cruzadas sobre el pecho, rezaban la oración de la tarde, mientras dos lágrimas de amor y de esperanza rodaban por sus mejillas.

— ¡Jesus!... decía á Catalina una vecina rica, á nadie envidio en el mundo sino á tí por esa alhaja. ¡Si fuera así mi Lopel... Hija, créeme que no puedo hacer vida de él.

Catalina no contestaba, pero imprimía un beso

en la frente de su hijo y le estrechaba contra su corazón. Y verdaderamente era Luisito prenda para envidiada, porque sería difícil encontrar niño tan obediente y cariñoso para con su madre.

II.

¡UNA LIMOSNA POR DIOS!...

Era un día riguroso de invierno, y una capa de nieve cubría las calles de la antigua Granada. En una humilde y estrecha alcoba, sobre un lecho á cuya cabecera se veían una pila de barro con agua bendita, una estampa de la Virgen de los Dolores, y una cruz sencilla de madera, yacía una pobre mujer, cuya fatigosa respiración daba indicios de la fiebre que la devoraba. A un lado estaba un niño sentado en un taburete, con la cabeza ligeramente apoyada al lado de la enferma, mirándola ansiosamente y ciñéndole el cuello con el brazo derecho.

Eran Catalina y Luisito.

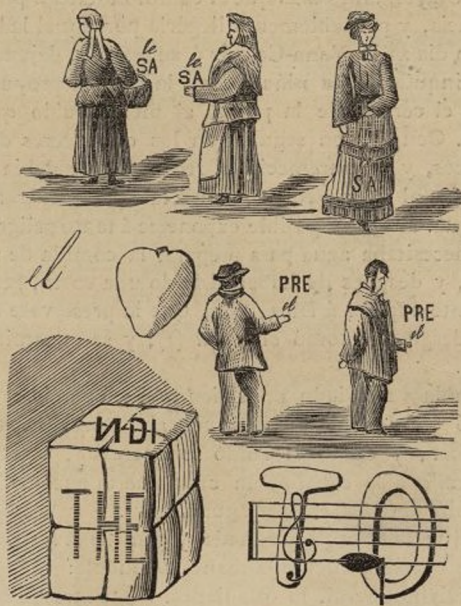
El niño lloraba, rezaba á la Virgen de los Dolores, y de cuando en cuando humedecía con agua bendita la frente de su madre. Esta había caído enferma el día anterior, y no había podido ganar el corto jornal de que ambos se sustentaban.

FR. CONRADO MUIÑOS Y SAENZ,
Religioso Agustino filipino.

(Se concluirá.)

Solucion del jeroglífico del número anterior:
Tentación es la vida del hombre sobre la tierra.

JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número.)

Madrid, 1880. — Imp. á cargo de D. B. M. Araque.
Santísima Trinidad, 5.

Para los anuncios franceses, los Sres. J. Saisset y Bertal, 11, Rue Cadet, 11, París.

SECCION DE ANUNCIOS.

En Madrid: Centro de Publicidad de los Señores Storr y Muñoz, Ballesta, 7, bajo.

SUMA FILOSOFICA DEL SIGLO XIX

O SEA: DEFENSA DEL CATOLICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Colección de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático, sobrenatural, filosófico, científico, político y social,

FORMADA POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

El prospecto de la *Suma filosófica del siglo XIX*, ó sea: Defensa del Catolicismo contra sus modernos adversarios, colección de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático, sobrenatural, filosófico, científico político y social formada por D. Narciso José de Peñalver y Peñalver, Conde de Peñalver, merece llamar la atención del público cristiano.

El primer tomo de esta obra consta de 598 páginas de impresión á dos columnas, de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos, de tamaño ordinario; su precio: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (1.ª parte) consta de 1.644 páginas, también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos: en rústica, 36 rs.; en pasta, 44.

El tomo 2.º (2.ª parte) consta de 1.700 páginas; en rústica, 36 rs.; en pasta 44.

El tomo intitulado *O'Connell, El anticristo y la revelación de San Juan* consta de 1.240 páginas, y comprende el material de 12 tomos; en rústica (total de la obra, 95 tomos), 28 rs.; en pasta, 36.

Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar) se añadirán al precio en rústica 2 rs. y 3 en pasta.

Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra, se remitirán los tomos al punto que se designe.

Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y Comp.ª, librería Católica, calle de Archs, 8, Barcelona.

El producto de la venta de todos estos volúmenes se dedica íntegro al dinero de San Pedro.

Puntos de despacho:

Barcelona: Pons y Comp.ª, Archs, 8; Sucesor de la Vda. Plá, calle de la Princesa; Vda. é hijos de Subirana, calle de la Puertaferri; D. Carlos Vives, plaza de Santa Ana; D. Eudalio Puig, Plaza Nueva.

Madrid: D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Vda. é hijo de D. Eusebio Aguado, Pontejos, 8; Sres. Perdiguer y Comp.ª, San Martín, 3, junto á la del Arenal, y en las demás librerías principales del Reino.

PARIS VERANO DE 1880 PARIS

AVISO A LAS SEÑORAS ESPAÑOLAS

LOS GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS

EN PARIS

tienen la honra de anunciar á su numerosa clientela que acaba de publicarse el *Catálogo General Ilustrado*, que comprende la nomenclatura de las novedades de verano, sedería, de capricho, lana, etc., etc., así como los últimos modelos de las creaciones más lindas en trajes, confecciones y vestidos para señoras y niños.

Este precioso Album de la moda, contiene datos sobre el sistema de expediciones á España, franco de porte y de derechos de Aduana, sistema inaugurado con tanto éxito por los Grandes Almacenes del Printemps.

Las personas que deseen recibir dicho Catálogo gratis y franco de porte, se servirán pedirlo por carta franqueada á M. Jules JALUZOT.

GRANDES ALMACENES DEL PRINTEMPS

EN PARIS

NOTAS. El Catálogo á que se refiere este Anuncio se ha impreso en Castellano, Francés, Alemán, Holandés, Italiano, Sueco y Danés.

CONFITERIA DE GONZALEZ,
Postigo de San Martín, 21.

Especialidad en dulces finos á 5 y 6 reales libra.

Caramelos, pastillas y confituras á 5 y 6 id.: almíbares de todas clases á 4 reales libra.

Se hacen encargos de ramilletes, tartas, manguitos, bandejas, etc., con prontitud y esmero. Todo se sirve á domicilio.

LADVOCAT DARQUET & C^{ie}

5 y 7, rue Lévesque, Argenteuil
PRÈS PARIS

FLOR DE CISNE, polvos adherentes con glicerina para los cutis delicados.

AGUA de la HADA de las ROSAS, contra las arrugas.

MEDALLA DE ORO

LIBRERÍA CATÓLICA DE SAN JOSÉ.

HISTORIA

DE LOS

HETERODOXOS ESPAÑOLES,

POR EL DOCTOR

D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO,

Catedrático de Literatura Española en la Universidad de Madrid.

Esta obra constará de tres tomos de 800 á 100 páginas cada uno; se ha publicado el primero: los dos siguientes están en prensa.

Precios: En rústica, 40 rs.; en tela, 44 rs. en Madrid y 46 en provincias; pasta entera, 46 y 48; chagrin y tela, 48 y 50 respectivamente.

Se han tirado además 25 ejemplares en papel.

Los pedidos deben ir acompañados de su valor: se sirven francos de porte, pero la Librería de San José no responde de los que se extravíen; el que los quiera asegurar debe añadir 4 reales para el certificado.

Dirección: Sr. D. Vicente Sancho-Tello, Gerente de la Librería de San José, Gravina, 20, Madrid.

ANUARIO DEL COMERCIO,
DE LA INDUSTRIA, DE LA MAGISTRATURA
Y DE LA ADMINISTRACION.

DIRECTORIO de las 400.000 señas de España, Ultramar y de los Estados Hispano-Americanos. Con anuncios y referencias al comercio y á la industria nacional y extranjera: 1880.

Un tomo de más de 2.000 páginas: 20 pesetas en toda España.

Obra útil é indispensable para todo. — Evita pérdida de tiempo. — Tesoro para la propaganda industrial y comercial. — Este libro debe estar siempre en el bufete de toda persona, por insignificantes que sean sus negocios.

Se halla de VENTA en la librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 10, Madrid, y en todas las librerías del Reino.

JESUCRISTO

EN

EL EVANGELIO Y EN LA SAGRADA EUCARISTIA.

Su influencia
sobre el individuo y la sociedad.

SERMONES

predicados en las solemnes funciones de la Real Archicofradía de las Cuarenta Horas, en la iglesia de Santo Tomás de esta Corte, en los años 1862, 1864 y 1866, por el Excelentísimo é Ilmo. Señor D. Benito Sanz y Forés, Obispo de Oviedo.

Consta de tres tomos en 4.º español, esmerada impresión y buen papel. Se vende á 30 rs. en las librerías católicas de Aguado, Olamendi y Tejado, y se remite á provincias por 32 rs., y el que lo desee certificado añadirá 4 rs. más.